Laura

Christina de Fran

Capítulo 1

Laura tenía seis años cuando por primera vez paseó sola a su perrita Canela. Con la cabeza bien erguida y el pecho henchido de orgullo cruzó la calle África: ninguna de sus amigas salía sola, ni siquiera a dejar mear al perro en el pipicán de la otra acera. Mientras Canela levantaba la pierna, Laura pasó la mirada por las ventanas. En las dos aceras de la calle África vivían niños que iban al cole con ella, pero nadie asomaba la cara para saludarla. ¿Acaso no la veían? Sin testigos ¿quién le iba a creer que ya salía sola a la calle? La perrita estaba lista. Laura se apartó de la cara un rizo de su cabello. "Ven, Canela," dijo. "Tal vez nos vea alguien mañana." Volvieron a cruzar la calle.

Escondida detrás de la cortina de una ventana, el padre de Laura vigilaba a su hija. Sin percatarse asintió con la cabeza al ver que la niña miraba hacia ambos lados antes de cruzar por el paso de cebra. Cuando Laura llegó a la acera de su casa, su padre la perdió de vista: el balcón se la tapaba. Pero ya sólo faltaban cuatro pasos hasta la puerta. El padre de Laura se apartó de la ventana. No vio la furgoneta blanca que se paró, ni la puerta trasera que se abrió, ni los brazos que atraparon a Laura y se la llevaron adentro del vehículo, ni la mano que le abatió la correa de Canela para arrojarla a la acera. No oyó el grito de la niña ni el clac de la puerta de furgoneta al cerrarse. Oyó el alarido de Canela. Volvió a la ventana y vio la perrita correr arrastrando la correa detrás de una furgoneta blanca que a toda prisa salía de la calle África. Llamó la policía.

Capítulo 2

Dentro de la furgoneta, Laura forcejeaba contra dos hombres hasta que uno la atrapó del cuello y le hizo el mataleón. Al cabo de cinco segundos la niña dejó de moverse. El tercer hombre, el conductor, se rió y dijo: "Pinchadla ya." Le inyectaron un narcótico.

No fueron muy lejos con ella. En un aparcamiento subterráneo de la calle Ateca se pararon al lado de un BMW. No había más coches. Del BMW salieron un hombre y una mujer. Los tres hombres de la furgoneta les pasaron la niña. Uno dijo: "Aquí tenéis a vuestra hija. ¡A cuidarla bien!" Los tres se rieron y salieron andando del aparcamiento.

El hombre sentó a Laura en el asiento trasero de su coche. La mujer le abrochó el cinturón de seguridad. Escondió los rizos rubios de la niña debajo de un gorro marrón. Así salieron del aparcamiento. Quien los veía creía que eran una familia: el padre conducía, la madre miraba su móvil, y la hija se había dormido en el asiento trasero. La policía controlaba las salidas de Zaragoza, pero buscaban una furgoneta blanca. Dejaron pasar el BMW azul.

Capítulo 3

Laura se despertó en una cama con dosel. Una sábana rosa le cubría el cuerpo. La niña se apoyó sobre los brazos y miró alrededor. Sentada en una silla blanca al lado de la cama había una mujer. Llevaba un vestido plateado y los labios muy rojos. Con una sonrisa en la voz dijo: "Buenos días, Rocío."

"Me llamo Laura."

Sin dejar de sonreír, la mujer le dio una bofetada tan fuerte que la cabeza de la niña impactó contra el cabezal de la cama. "Te llamas Rocío y ésta es tu habitación. No llores, corazón. Hay que ponerte guapa, dentro de un ratito vendrá alguien a visitarte."

"¿Dónde está mamá?", preguntó la niña entre sollozos.

"No tienes mamá. Ahora me ocupo yo de ti. Soy Olga. Mira lo que tengo aquí: chocolate. ¿No lo quieres?"

"Quiero ir con mamá."

Esta vez la niña vio venir la bofetada, pero no supo esquivarla. Borrosa vio a través de las lágrimas la sonrisa de Olga. "Para las niñas buenas tengo chocolate. Para las malas, no. ¿Vas a ser bueneta?"

Laura reprimió los sollozos y salió de la cama con dosel. Olga le enseñó una puerta blanca escondida detrás de una cortina en la pared. La puerta blanca llevaba a un cuarto de baño pequeñito con ducha, lavabo, inodoro y bidet.

"¿Sabes ducharte solita?", preguntó Olga. Laura asintió con la cabeza.

"Pues venga, desnúdate y al agua. Voy a buscar algo bonito para ponerte."

Capítulo 4

Algo bonito resultó ser un vestido de volantes, unas medias blancas y zapatitos como para una muñeca. Ropa interior, no. Olga le ayudó a ponérselo todo y le ató un lacito rosa en el cabello. Señaló el espejo más arriba del lavabo: "¡Mira qué guapa estás! Espera, que no te ves. Ven, vamos a la habitación."

Olga abrió la puerta de un armario. En el lado interior había un espejo que llegaba casi hasta el suelo. Laura se miró: parecía más pequeña. Parecía su hermanita Ester. Nuevos sollozos la sacudieron entera. Olga no dejó de sonreír. Le puso las dos manos en los hombros.

"Laura tenía una hermana, ¿verdad? Pero tú no eres Laura, eres Rocío. Y te vas a portar bien. Porque si no, iremos a casa de Laura y le cortaremos la cabeza a su mamá."

La niña apretó los párpados y cesó de ver la incesante sonrisa de los labios demasiado rojos, pero no consiguió excluir la voz que seguía hablando: "Y la hermanita, la traeremos aquí y la encerraremos en el sótano donde las ratas. ¿Me has entendido?" Las manos de Olga se convertían en garras que la sacudían. "¿Me has entendido, Rocío?" Asintió con la cabeza.

Olga la soltó. "Muy bien. Sabía que eres bueneta. Toma un bonbón. Pero ten cuidado de no mancharte, que enseguida vendrá tu visita."

Era el último trozo de chocolate que Laura comería en mucho tiempo.

Capítulo 5

Olga se fue de la habitación por una puerta marrón. Se llevó la ropa de Laura. La niña se quedó sola unos minutos hasta que la puerta se abrió de nuevo. Entró un hombre tan alto que tenía que agachar la cabeza para no chocar. Con él entró un pestazo a humo de cigarrillo. El hombre levantó la mirada y sonrió:

"Hola, rubiales. ¿Cómo te llamas?"

"La – Rocío."

"Rocío, qué nombre tan bonito. ¿Quieres sentarte conmigo en la cama? Traigo algo para ti. Te va a gustar."

Capítulo 6

La niña que ahora se llamaba Rocío se despertaba cada día entre sábanas manchadas de semen y a veces de sangre. Aprendió a cambiarlas, a fregar el suelo de la habitación y limpiar el cuartucho de baño. Si lo dejaba todo resplandeciente, Olga le traía dos magdalenas y un vaso de leche. Si quedaba una motita de polvo en algún sitio, no había desayuno. Olga no le pegaba bofetadas ya: Rocío tenía que estar guapa para los hombres. Ellos sí le pegaban bofetadas y peor si se resistía.

Aprendió a ducharse rápidamente entre dos clientes, a ponerse ella solita los vestidos de muñeca y las medias blancas. Bragas no, bragas nunca. Aprendió a saludar a los hombres como si se alegrase de verlos, a hacer lo que le pidiesen y disimular el dolor. Si lo hacía bien, no le pegaban. Si se portaba bien, Olga le daba una pastillita blanca con el desayuno y otra con la comida y dolía menos.

También había hombres que la pegaban sí o sí, hombres que querían verla llorar. Con ellos lo mejor era empezar a sollozar cuanto antes. Así terminaban pronto.

Cuando el último hombre se había ido, entraba Olga con un vaso de leche que sabía raro y que hacía dormir todo el día, dormir y olvidar que había más mundo que la habitación sin ventanas, más gente que Olga y los hombres: que había un mundo donde ella se llamaba Laura, donde tenía padre y madre y una hermanita que se llamaba Ester y una perrita que se llamaba Canela.

Capítulo 7

Una vez, cuando se había ido un cliente y aún no había venido otro, la niña salió por la puerta marrón. Se encontró en un pasillo pintado de verde. A los dos lados, puertas marrones cerradas. Al final del pasillo, una puerta de metal. Rocío se acercó de puntillas. Contenía la respiración. Levantó la mano hacia el tirador.

La puerta se abrió y le dio en la cara. Rocío gritó. Se llevó las manos a la nariz. Gotas calientes se deslizaron por entre sus dedos.

"¿Adónde vas?", susurró desde arriba la voz de Olga. "Si te marchas, iremos a por tu hermanita. ¿Quieres que lo hagamos?"

Rocío dio la espalda a la puerta abierta. Volvió corriendo a la habitación sin ventanas. En el cuartucho de baño se quitó el vestido manchado de sangre y lágrimas. Se puso otro limpio.

Capítulo 8

Tres veces Olga se llevó todo el contenido del armario y trajo vestidos más grandes. Rocío ya se podía ver en el espejo del cuarto de baño: una niña pálida y delgada con rizos rubios y un lunar al lado de la nariz. La cama le quedaba cada vez menos grande, las dos magdalenas del desayuno le parecían cada vez más pequeñas. Pero los platos de comida no crecían. Empezó a tener hambre todo el día. "Para que no te hagas mayorcita," dijo Olga. "Y que no te salgan tetas. Tienes que ser una niña linda y pequeña, así nos gustas."

A la cuarta vez que Rocío necesitó ropa más grande, Olga no le trajo más vestiditos de muñeca. Le dio pantalones de chándal y camisetas anchas de tela recia para disimular que se le ensanchaban las caderas y que comenzaba a tener formas de mujer. Unos meses más tarde un hombre metió la mano en el pantalón de Rocío y se echó atrás: "¡Ya tienes vello, hija de puta!" Le dio una bofetada y se marchó. Rocío se quedó sentada en la cama. No vinieron más hombres. Olga, por primera vez sin sonrisa, le trajo temprano el vaso de leche. Rocío se durmió en la cama de dosel. Se despertó en una cama distinta, atada de manos y pies. Un hombre en traje y corbata manoseaba su pecho. "Tendrás que comer más," dijo, "para que crezcan. ¿Cómo te llamas?"

"Rocío" dijo la adolescente con voz apagada.

"Ya tenemos una Rocío. Te vamos a llamar Consuela." Le desató las manos y los pies. "Olga me ha dicho que eres muy bueneta. Ven, que te presento a las demás."

Capítulo 9

En la nueva casa las chicas cambiaban sus sábanas después de cada visita. No se ponían vestiditos sino ropa interior tan escasa que casi seguían estando desnudas. Y no esperaban en las habitaciones a los clientes. Se sentaban todas juntas en una especie de salón donde los hombres entraban para eligir. Mientras esperaban, las chicas leían revistas de belleza que el amo, el hombre en traje y corbata, les compraba para que se maquillasen igual que las actrices de cine.

En la nueva casa, Consuela se despertaba por la tarde y desayunaba con cinco chicas más en una pequeña cocina. Cada una tomaba una pastilla de color morado con el café. Aquellas pastillas no ayudaban contra le dolor de la entrepierna. "¿Para qué son, pues?", preguntó Consuela. Las demás se rieron. La que se llamaba Rocío dijo: "Para que no te venga la regla."

"¿Qué regla?"

Se rieron más. Se rieron también cuando Laura, al final de la primera noche, pidió el vaso de leche. "Ya no necesitas aquello," dijo Rocío, "ya no eres una niña." Le puso delante un vaso de algo que parecía agua y sabía a fuego. El aguafuego nublaba la mente y ayudaba a dormir. Al despertar, la cabeza dolía más que la entrepierna, pero otro vaso cubría de nubes también aquel dolor.

Capítulo 10

Los hombres venían y salían por una puerta de madera. Un día, cuando las demás chicas estaban ocupadas, a Consuela se le ocurrió salir. Abrió la puerta y se encontró en un vestíbulo adornado con una alfombra roja. Sentado en un escritorio estaba el hombre entrajetado. Escribía algo en un libro encuadernado en cuero. Sin prisas acabó la palabra, posó el bolígrafo y alzó la mirada hacia la chica. "¿Te quieres ir?"

Consuela tartamudeó. El hombre sonrió. "No te preocupes. Si el trabajo aquí no te gusta, te puedes marchar. Por supuesto que sí. Solamente -" señaló su libro "solamente es que me debes dinero. Cuando lo hayas devuelto, te podrás ir."

Consuela se acercó y miró el libro. Columnas de cifras cubrían la página abierta. El hombre apartó el bolígrafo para que la chica pudiese verlas todas. "Mira, te he comprado a Olga por 20 mil euros. Cada hombre que te visita me paga cien."

Consuela trató de contar con los dedos. "Esto significa… significa…"

"Doscientas visitas." El hombre se alisó la corbata. "Pero todos los días necesitas comer y beber. La habitación tampoco sale gratis. Pago alquiler para esta casa. Luego están las píldoras, las revistas, la ropa..."

La chica trató de acordarse de qué quería decir alquiler y cuánto podía costar. El hombre la dejó pensar un rato. Al final señaló una cifra en su libro: "Mantenerte me cuesta 316 euros por día. Necesitas tres clientes cada noche sólo para eso. A partir del cuarto cliente empiezas a saldar la deuda."

"Y ¿si no vienen cuatro clientes a visitarme?"

"Entonces me debes más dinero. Así que te conviene esforzarte si te quieres marchar pronto. Ponte bien guapa y sé amable con los hombres."

Capítulo 11

Desde aquel día Consuela esperaba ávida cada nueva revista de belleza. Aprendió a andar como las modelos. Cuando entraba un cliente, lo saludó con abrazo y besitos. Disimulaba el asco aunque el hombre oliese a sudor. Tampoco le importaban los gordos. Contaba sus visitas: tres cada noche para el corbatas, dos o tres más para saldar la deuda si tenía suerte. No siempre la tenía: muchas noches sólo venían veinte hombres para entre las cinco chicas, y las demás también querían trabajar.

El cliente número 4.136 desde que Consuela los contaba era tan gordo que apenas cabía por la puerta. Las demás chicas no hacían amago de levantarse del sofá, pero Consuela le salió al encuentro y le besó en las mejillas. El hombre llevaba días sin afeitarse y - juzgando del olor - también días sin duchar. Sin embargo, Consuela se lo llevó a la habitación.

El hombre se sentó en la cama y dijo: "Tendrás que quitarme tú los zapatos, no me puedo agachar." La chica se arrodilló en el suelo. Descalzó a su visitante y le quitó los calcetines. Un pestazo a pies inundó la habitación, pero Consuela no se inmutó. Apartó el calzado y se puso a buscar la bragueta entre los pliegues de grasa y pantalón. De repente, el hombre le sujetó las muñecas. Consuela alzó la cabeza y se encontró con la mirada horrorizada del varón.

"Levántate," dijo él. "Por favor, levántate."

Consuela se incorporó y dio un paso hacia atrás. La mirada del hombre bajó hasta su ombligo, hasta el lunar al lado de su ombligo. Volvió a subir para quedarse fija en el lunar al lado de su nariz.

La chica miraba a la cara de su visitante. No le sonaba, pero sí le sonaba. *Solía afeitarse*, pensó Consuela. *Y era delgado*.

Entre lágrimas el hombre gritó: "¡Laura!" a la vez que ella preguntó: "¿Papá?"